



Ensayo

Hannah Arendt: el totalitarismo en el poder como un desafío al sentido común

Claudia Patricia Fonnegra Osorio¹

● Resumen

Para llevar a cabo la búsqueda de la dominación mundial a partir de la ideología y el terror, los movimientos totalitarios del siglo XX se sirvieron de mecanismos como la configuración de gobiernos carentes de estructuras, la formación de Policías Secretas y la creación de campos de concentración, los cuales permitieron configurar una nueva forma de organización social en la que se suprimía tanto la libertad pública como la libertad privada de los ciudadanos. A partir del estudio arendtiano del fenómeno del totalitarismo, en este texto se busca presentar los peligros que trae consigo el abandono de la esfera pública, espacio en el que es posible la construcción de referentes colectivos de identidad.

Palabras clave: Sentido común, política, libertad, totalitarismo, ideología, terror.

Hannah Arendt: Totalitarianism in power as a challenge to common sense

● Abstract

In order to achieve world domination based on ideology and terror, totalitarian movements in the XX century used mechanisms such as governments without structures, secret police organizations and concentration fields, which allowed the configuration of a new way of social organization in which public and private

¹ Licenciada en Filosofía, Universidad de Antioquia. Especialista en Hermenéutica Literaria, Universidad EAFIT. Magister en Estudios Humanísticos, Universidad EAFIT (C). Estudiante del primer semestre de Doctorado en Filosofía, UPB. Profesora de Cátedra de la Corporación Universitaria Lasallista y de la Institución Universitaria de Envigado. Este artículo se deriva del proyecto "Modernidad: de la razón de los miedos a los miedos de la razón", el cual se inscribe en la línea de investigación filosófica del grupo PSIFE de la Institución Universitaria de Envigado (2012).

Correspondencia: Claudia Patricia Fonnegra Osorio. Email: claudiafonnegra@gmail.com

Artículo recibido: 02/09/2012 ; Artículo aprobado: 24/09/2012



freedom of citizens was suppressed. From the Arendt's studies about totalitarianism, this paper aims to introduce the dangers brought by the fact of abandoning the public sphere a space in which it is possible to construct collective identity references.

Key words: Common sense, politics, freedom, totalitarianism, ideology, terror.

Hannah Arendt: O totalitarismo no poder como um desafio ao sentido comum

● Resumen

Para llevar a cabo a busca da dominação mundial a partir da ideologia e o terror, os movimentos totalitários do século XX se serviram de mecanismos como a configuração de governos carentes de estruturas, a formação de Polícias Secretas e a criação de campos de concentração, os quais permitiram configurar uma nova forma de organização social na que se suprimia tanto a liberdade pública como a liberdade privada dos cidadãos. A partir do estudo arendtiano do fenômeno do totalitarismo, neste texto se procura apresentar os perigos que traz consigo o abandono da esfera pública, espaço no que é possível a construção de referentes coletivos de identidade.

Palavras importantes: Sentido comum, política, liberdade, totalitarismo, ideologia, terror.

● Introducción

“Los hombres normales no saben que todo es posible” con esta cita de David Rousset inicia Hannah Arendt el tercer tomo de *Los orígenes del totalitarismo* (1987). Su sentido podría apuntar hacia el reconocimiento de las múltiples potencialidades humanas para ampliar su dominio en diferentes ámbitos: científicos, técnicos, tecnológicos o biotecnológicos. No obstante, como indica Arendt en el prólogo a la *Condición humana*, las facultades del hombre para traspasar fronteras naturales y hacer realidad lo que antaño se pensaba imposible: la conquista del espacio, la producción de energía nuclear, la creación de vida en un laboratorio, la manipulación genética, la transformación de la naturaleza humana, etc., no vienen acompañadas de la creencia en la perfectibilidad humana. Pese a las promesas modernas de construir un mundo más civilizado, inclusivo y pluralista, el advenimiento del totalitarismo demostró que el hombre puede emplear su conocimiento en sistematizar el asesinato sin que ningún tribunal de justicia pueda hacer algo para garantizar la protección de la dignidad humana. El hombre cuenta o puede contar con múltiples herramientas para mejorar sus condiciones de vida, pero también puede emplear su inventiva al servicio de su autodestrucción.

De la mano de Hannah Arendt, en este texto se busca presentar los principios del totalitarismo y los diversos mecanismos empleados por éste para la conquista del poder. Vale la pena aclarar que el interés por la reflexión arendtiana no se reduce a una curiosidad histórica, sino a la importancia que trae consigo reflexionar sobre los peligros de la atomización social, de la destrucción de la diferencia, de la adhesión ciega a ideologías.

● Principios del totalitarismo: la ideología y el terror

Para Hannah Arendt, el fenómeno del totalitarismo desafía categorías políticas clásicas, puesto que se presenta como una forma de gobierno sin precedentes que instaura una nueva forma de dominación que no puede ser explicada conforme a la lógica de gobiernos autoritarios o tiránicos, ya que en estos, aunque se restringen libertades, los hombres conservan los principios de su identidad y la autonomía de sus pensamientos internos.

Siguiendo una concepción piramidal de las formas de gobierno, Arendt asegura que el autoritarismo puede explicarse como un dominio jerárquico compuesto de diversas capas sociales cuyo poder desciende de la cúspide a la base. Bajo este principio de organización, las libertades públicas y/o privadas son restringidas conforme al lugar que un individuo ocupa en sociedad, así que, mientras más se acerca un hombre a la cúspide, mayores son sus libertades y mientras más se aleja de ella, más se restringen.

Continuando con el mismo modelo piramidal, Arendt explica que en una tiranía o dictadura moderna el poder del líder se encuentra concentrado en la cúspide, mientras que en la base se halla el pueblo, a quien se le niegan sus derechos políticos, la capacidad de llegar a acuerdos mancomunados.

Ahora bien, los movimientos totalitarios no se limitan a la restricción gradual de la libertad, como en el caso del autoritarismo, ni a la eliminación de los derechos políticos, como en el caso de las dictaduras. Las pretensiones totalitarias van más allá del ejercicio despótico del poder estatal, de la negación de la esfera pública, de la búsqueda del bienestar particular, de la persecución de fines utilitarios. Veamos:

Para Arendt, la conquista del poder del Nacionalsocialismo en Alemania y del socialismo

en Rusia, no fue más que un momento que permitió el despliegue de las pretensiones totalitarias de conquista mundial. Por lo tanto, la llegada al poder de Hitler o de Stalin, el seguimiento fiel del contenido de las consignas de la propaganda totalitaria, la eliminación de la oposición política, la limitación de los derechos civiles y la vigilancia constante de los ciudadanos sospechosos de ir en contra del régimen, más que marcar el triunfo del totalitarismo determinaron un momento a superar. Lo anterior puede comprenderse si, siguiendo a Arendt, se pregunta por los principios de un movimiento totalitario: la ideología y el terror².

Si bien las ideologías se han interpretado de forma positiva como principios de cohesión social que permiten el mantenimiento de la forma de vida de un pueblo, el cual puede a través de ellas “darse una imagen de sí mismo” (Ricoeur, 2002); éstas también han dado lugar a “la manipulación de la memoria” (Ricoeur, 2003), al control de los hechos humanos conforme a una premisa única.

Arendt asegura que las ideologías son ideas a las que se les aplica un proceso lógico con el que se busca explicar de modo “pseudocientífico” el devenir de la historia, de esta manera, a partir de una premisa (idea) se da cuenta del sentido del pasado y del presente; pero también, a través de ella, se prescribe cómo debe ser el futuro³. Afín a la definición arendtiana, Alfredo Cruz Prados sostiene que las ideologías son constructos teóricos que, partiendo de un fenómeno dado, dan cuenta de su necesidad y de su sentido, dicha teoría luego es proyectada hacia el futuro. Al respecto el autor escribe:

Un pensamiento ideológico se estructura, básicamente, en tres momentos: el momento

2 En el artículo “El juicio y la acción” publicado en la revista Co-herencia volumen 3, número 005 de la Universidad EAFIT presento un análisis más detenido de estos dos principios.

3 Hannah Arendt critica las ideologías, los “ismos” con los que se pretende explicar los acontecimientos sociales y las acciones humanas, ya que estos presentan una verdad única de la que se sigue un determinismo histórico que niega la libertad humana.



de una opción práctica implícita; el momento de una aparente teoría, elaborada a posteriori y bajo la guía de esa opción; y el momento de una determinación práctica explícita, que se presenta como conclusión lógica y necesaria de esa teoría, y cuyo contenido es el mismo que el de aquella opción práctica inicial (Cruz Prados, 2005).

Una vez se ha determinado el potencial coactivo de una ideología, ésta se erige en elemento teórico que determina la acción. Así que, si la ideología Nazi señalaba como premisa la idea de la división de la humanidad en razas fuertes y débiles, Arendt asegura que era de esperarse que deviniera como principio práctico de dicha ideología el intento de acelerar la eliminación de los débiles en favor del advenimiento de una raza superior. Y si la ideología del socialismo ruso afirmaba la eliminación de la lucha de clases, resultaba posible que se dedujera como necesario el exterminio de quien afirmara su propia diferencia ante la sociedad.

El terror, por su parte, es el principio práctico que permite el despliegue del contenido teórico de una ideología, éste en lugar de concebirse como un medio que permite alcanzar un fin, opera como elemento central del totalitarismo, puesto que su ejercicio elimina todo obstáculo que se interpone en el desarrollo del movimiento totalitario.

Si el totalitarismo se define como un movimiento, esto se debe, en esencia, a la falta de estructura que caracteriza al proceso lógico de una idea y a la puesta en marcha de su realización a partir de los principios del terror. Así, cuando el movimiento nacionalsocialista alemán y socialista ruso llegaron al poder tuvieron que enfrentar un doble reto aparentemente contradictorio: de un lado, dar la apariencia al mundo no totalitario de poseer una estructura legal conforme a las exigencias interestatales y, de otro, continuar con la puesta en marcha de sus principios ideológicos, lo cual exigía superar cualquier tipo de consolidación jurídica, económica o moral que surgiera de la conquista y de la búsqueda del mantenimiento del poder estatal.

Ahora bien, para lograr mantener la vida de un movimiento totalitario, sin ser detenido por las exigencias de estabilidad que surgen de la conquista del poder, se requiere de una serie de mecanismos: primero, la multiplicación de instituciones estatales, segundo, la formación de una elite especial que ejecute la voluntad del líder del movimiento y, tercero, de la creación de campos de concentración en los que se pone a prueba la posibilidad de llevar a cabo las utopías totalitarias. A continuación, a partir de la experiencia del totalitarismo ruso y alemán, se describirán cada uno de estos mecanismos.

● El totalitarismo: un gobierno carente de estructuras

Los movimientos totalitarios cuentan con la existencia de instituciones ostensibles que dan la apariencia de legalidad, éstas son una suerte de fachada que adhiere simpatizantes y oculta la fuente real del poder. Este último se encuentra representado por un gobierno encargado de llevar a cabo la dirección ideológica de un partido único.

Para mantener esta dualidad el líder totalitario se sirve de mentiras que le permiten garantizar el respeto por las soberanías de otros Estados, mientras que, por otro lado, pone en marcha la búsqueda de la conquista global, así que, consignas de Hitler como “justo es lo que es bueno para el pueblo alemán” y consignas de Stalin como “socialismo en un sólo país” ocultaban la puesta en marcha de un gobierno monista sin precedentes históricos, carente de forma definida que buscaba el poder más allá de las fronteras nacionales. “El hecho es que, tanto Hitler como Stalin, formularon promesas de estabilidad para ocultar su intención de crear un estado de inestabilidad permanente” (Arendt, 1987).

El Estado totalitario, sus instituciones y sus leyes crean ante el mundo la apariencia de normalidad,

pero su realidad efectiva es desdeñada por el movimiento. Así que, poco importaba en Alemania la constitución de Weimar y en Rusia la constitución soviética de 1936, pues su sentido era constantemente desafiado. Los movimientos totalitarios menosprecian entonces principios jurídicos, puesto que el contenido de sus ideologías permite apelar a una legitimidad superior que trasciende el marco de las leyes positivas, las cuales, como ocurrió en Alemania y Rusia, nunca se eliminaron.

Los movimientos totalitarios pretenden dominar todos los ámbitos de la convivencia humana, por tanto deben destruir la esfera pública en la que los hombres tienen la posibilidad de experimentar la realidad de un mundo común; pero también buscan la supresión de la libertad interior de los hombres, cuyos pensamientos deben ajustarse al desarrollo lógico de una idea. De ahí que el totalitarismo no necesite de decretos públicos, tal y como lo afirmaba Hitler: la ética debía coincidir con la ley (Arendt, 1987).

La multiplicación de funciones características de los gobiernos totalitarios permite desplazar constantemente la voluntad del líder de una institución a otra, de un funcionario a otro, de modo que estos desconocen su jerarquía política y su importancia real para la ejecución del destino del movimiento. Lo cierto es que mientras más conocida sea una institución o un funcionario del Estado, menor es su poder.

La única regla de la que todo el mundo puede estar seguro en un Estado totalitario es que, cuando más visibles son los organismos del Gobierno, menor es su poder, y que cuanto menos se conoce una institución, más poderosa resultará ser en definitiva. (Arendt, 1987).

Esta amalgama administrativa niega la posibilidad de establecer lazos de confianza entre los miembros de una comunidad, quienes desconocen dónde se halla localizada la voluntad del líder; pero

también evita la formación de camarillas, de lazos de solidaridad entre los funcionarios del Estado, lo cual evita resistencias dentro de las filas del partido.

El totalitarismo se erigió en el siglo XX como nueva forma de gobierno, que si bien podría relacionarse en sus inicios con la dictadura, posee elementos que la presentaban como la más novedosa forma de dominación total. En una dictadura se establecen gobiernos monopartidistas que niegan la existencia de la oposición política, en ésta el miedo se presenta como elemento central que paraliza la acción; no obstante, en ellas, los ciudadanos saben a qué temer, dónde está localizada la fuente del poder del dictador, en cambio, en un gobierno totalitario se desconoce por completo quién ejecutará la dirección tomada por el movimiento.

Como técnicas de gobierno, los recursos totalitarios parecen simples e ingeniosamente eficaces. No sólo aseguran un absoluto monopolio del poder, sino una certidumbre sin paralelo de que todas las ordenes serán ejecutadas; la multiplicidad de las correas de transmisión, la confusión de la jerarquía, afirman la completa independencia del dictador respecto de todos sus inferiores y hacen posibles los rápidos y sorprendentes cambios de política por los que se ha hecho famoso el totalitarismo. El cuerpo político del país se halla a prueba de choques por obra de su falta de forma (Arendt, 1987).

Para caracterizar de alguna manera el totalitarismo, Arendt lo presenta como un gobierno "tipo cebolla" ya que éste está conformado por múltiples organismos del Estado, múltiples formaciones de élite, múltiples instituciones sociales que, a modo de capas concéntricas, ocultan la fuente real del poder totalitario.

La multiplicación de cargos, la duplicación de funciones y la adaptación de la relación partido-simpatizante a las nuevas condiciones significan



simplemente que se ha conservado la peculiar estructura de tipo cebolla del movimiento, en el que cada capa constituye el frente de la siguiente formación militante (Arendt, 1987).

Otro de los elementos desconcertantes del totalitarismo que da cuenta de su novedad es el desprecio de fines utilitarios. En la Política Aristóteles asegura que lo que diferencia un buen gobierno de uno corrupto es que en el primero se busca el bien común, mientras que en el segundo lo que se persigue es el bienestar particular (1279a). Lo desconcertante del totalitarismo, explica Arendt, es que no persigue lucrarse del dinero de sus víctimas, sólo mantener en marcha la dirección del movimiento, en este sentido, a diferencia del imperialismo, los territorios conquistados no son saqueados para el beneficio de una nación, sino para mantener en marcha el devenir de una idea.

Lo que sorprende al observador exterior como una «muestra de prodigiosa locura» no es nada más que la consecuencia de la absoluta primacía del movimiento, no sólo sobre el Estado, sino también sobre la nación, el pueblo y las posiciones de poder ocupadas por los mismos dominadores. La razón por la que nunca fueron ensayados antes los ingeniosos recursos de la dominación totalitaria, con su absoluta e insuperada concentración de poder en las manos de un solo hombre, es que ningún tirano corriente fue lo suficientemente loco como para despreciar todos los intereses limitados y locales –económicos, nacionales, humanos y militares– en aras de una realidad puramente ficticia y en un futuro indefinidamente distante (Arendt, 1987).

Para un movimiento totalitario sólo importa la puesta en marcha de sus principios ideológicos a través del terror, sus pretensiones de conquista global son concebidas como un proyecto milenarista que exige que la humanidad se sacrifique por el

advenimiento de una tipología nueva de hombres, de ahí que la realización de dicho proyecto, como ya se anotó, vaya más allá de principios nacionales y utilitarios.

● La Policía Secreta: adoctrinada para modificar la naturaleza humana.

El segundo mecanismo utilizado por los movimientos totalitarios en sus pretensiones de conquista global es la creación de una Policía Secreta, la cual opera como “guardiana de la ficción totalitaria” en la construcción de un mundo ficticio. El totalitarismo cuenta con el adoctrinamiento de un grupo de hombres que son encargados de dar lugar al cumplimiento del llamado principio del jefe, esto es, de llevar a cabo la voluntad del líder del movimiento. Estas filas de hombres son adoctrinadas para cumplir el destino histórico al que, conforme a las ideologías, está avocada la humanidad.

Lo particular de la Policía Secreta totalitaria es que su papel se torna decisivo cuando el totalitarismo se ha afianzado en el poder y ha eliminado a sus adversarios inmediatos. Contra la lógica de las dictaduras, la Policía Secreta totalitaria no se limita a replegar a los individuos hacia el cuidado de sus vidas privadas, no busca pacificar territorios conquistados, no protege la existencia de un gobierno monopartidista, no posee información confidencial desconocida por el líder del movimiento, no utiliza métodos de provocación para detectar pensamientos peligrosos.

Para determinar quiénes son los enemigos de un gobierno totalitario no se requiere que la Policía Secreta detecte acciones hostiles que vayan contra la vida del régimen, ya que en el devenir de las ideologías se hallan elementos implícitos que permiten señalar, no sólo las categorías de enemigos inmediatos, sino también categorías

de enemigos objetivos o potenciales. De este modo, una vez exterminado un grupo poblacional catalogado como indeseable, aparecen nuevas categorías que se perfilan como obstáculos para el desarrollo de una idea, así se mantiene en marcha de modo permanente la ejecución del terror.

El concepto del «adversario objetivo» cuya identidad cambia según las circunstancias predominantes –de forma tal que, tan pronto como es liquidada una categoría, pueda declararse la guerra a otra– corresponde exactamente a la situación de hecho reiterada una vez y otra por los gobernantes totalitarios: es decir, que su régimen no es un Gobierno en ningún sentido tradicional, sino un movimiento, cuyo avance tropieza constantemente con nuevos obstáculos que tienen que ser eliminados. Por lo que hasta donde cabe en general hablar de cualquier pensamiento legal dentro del sistema totalitario, el «adversario objetivo» es su idea central (Arendt, 1987).

Cualquier hombre puede ser enemigo inmediato del movimiento o llegar a ser su enemigo potencial, de ahí que las víctimas del terror no sean culpables de delitos concretos por los que merezcan ser penalizadas. En un movimiento totalitario desaparecen entonces nociones clásicas como delito y castigo, ya que lo que se busca es eliminar a los enemigos, no sólo juzgarlos por la ilegalidad de sus acciones, y esto se logra despojándolos, no sólo de la vida sino también de la muerte, lo cual tiene lugar a partir de la eliminación del recuerdo. Para ello, la Policía Secreta debe fiscalizar complejas redes sociales, de modo que sea posible determinar cómo eliminar totalmente la historia de un hombre, aunque esto implique realizar gigantescas purgas.

Los habitantes de un Estado totalitario son despojados de principios sólidos que otorguen la confianza de habitar un mundo seguro. Independiente de la fuerza de los discursos pronunciados, de la consecuencia de las acciones realizadas, de la jerarquía social que se ocupe, cualquier hombre

puede ser expulsado de la sociedad. La Policía totalitaria no busca sospechosos porque todos los hombres, en virtud de su capacidad de pensar, son peligrosos. “Simplemente por su capacidad de pensar, los seres humanos son sospechosos por definición (...)” (Arendt, 1987).

La vigilancia constante en lugar de ser una tarea exclusiva de la Policía Secreta da cuenta de una particular forma de convivencia social en la que todos sus integrantes se comportan como miembros de una institución policial. En un mundo donde predomina el terror, donde se desconoce quién encarna la voluntad del líder, donde los hombres se amenazan mutuamente, se pierden los lazos de confianza y solidaridad. “La sospecha mutua, por eso, cala todas las relaciones sociales en los países totalitarios y crea una atmósfera omnipresente al margen de la esfera especial de la Policía Secreta” (Arendt, 1987).

Quien ingresa a formar parte de la Policía Secreta comienza una rápida carrera de ascensos que implican la eliminación de antiguos funcionarios del partido, aprende a desconfiar de sus compañeros, de quienes desconoce sus funciones reales, es aislado y preparado para cometer crímenes en masa, para vencer sus pasiones y sentimientos personales, para cumplir con la dirección del movimiento ideológico, lo anterior se hace posible asumiendo un pensamiento meramente burocrático e instrumental que destruye principios de la realidad del mundo humano como la solidaridad entre camarillas y la compasión frente a las víctimas.

● Campos de concentración: realización de la utopía totalitaria

Finalmente, la dominación totalitaria requiere de dos elementos: la muerte de la persona jurídica y la muerte de la persona moral. El primero se explica como la pérdida de los derechos civiles. Quien



es denominado por un Estado como ciudadano de segunda categoría en virtud de su raza, de su posición social, o incluso de su salud, queda por fuera de la ley; esto implica que no sólo pierde sus libertades políticas, sino todo tipo de principio normativo que le proteja y garantizase un lugar en el mundo. El segundo, da cuenta del experimento totalitario de eliminar de forma absoluta la espontaneidad de los hombres, con lo que se destruye la facultad humana de realizar acciones libres y de poseer pensamientos autónomos.

La dominación total, que aspira a organizar la pluralidad y diferenciación infinitas de los seres humanos como si la Humanidad fuese justamente un individuo, sólo es posible si todas y cada una de las personas pudieran ser reducidas a una identidad nunca cambiante de reacciones, de forma tal que pudieran intercambiarse al azar cada uno de estos haces de reacciones. El problema es fabricar algo que no existe, es decir, un tipo de especie humana que se parezca a otras especies animales, cuya única «libertad» consistía en «preservar la especie» (Arendt, 1987).

Para fabricar esta nueva humanidad el totalitarismo se sirve de la creación de campos de concentración. Arendt explica que antes del auge del totalitarismo ya existían centros de internamiento en los que se detenían delincuentes y sospechosos políticos, quienes eran juzgados bajo leyes de excepción. En estos lugares los internados eran aislados de la sociedad, sometidos a trabajos forzados, torturados para que revelaran los delitos cometidos o eran simplemente asesinados. Lo particular del fenómeno de los campos de concentración totalitarios es que si en estos se hallan delincuentes, sólo representan una fachada, la cual permite dar la apariencia ante sus simpatizantes y ante el mundo no totalitario de poseer un sistema penal organizado conforme a categorías jurídicas tradicionales. Lo cierto es que en los campos de concentración totalitarios la mayoría de sus internos no han cometido delito alguno, salvo la fatalidad de ser enemigos inmediatos u objetivos del movimiento.

Con el terror de los campos de concentración totalitarios se busca manipular los cuerpos y las mentes de los hombres, con ello exterminar su identidad, sus principios morales, la libertad de sus pensamientos internos. Se trata de la creación de seres superfluos aislados del mundo de la pluralidad humana y de su mundo interior. Las torturas y los sufrimientos que padecen sus víctimas son prolongados sin sentido, no hay fines económicos perseguidos con los trabajos forzados de los internos, ni culpas castigadas, ni conciencia de crímenes cometidos.

Arendt afirma que lo ocurrido en los campos de concentración de la Alemania de Hitler y de la Rusia de Stalin sólo puede compararse con imágenes escatológicas propias de una existencia más allá de la muerte. Sin embargo, quien ingresa a un campo de concentración es eliminado del mundo de los vivos sin poder ingresar al mundo de los muertos, ya que su nombre, su identidad e incluso el recuerdo de su propia existencia buscan ser exterminados.

El auténtico horror de los campos de concentración y exterminio radica en el hecho de que los internados, aunque consigan mantenerse vivos, se hallan más efectivamente aislados del mundo de los vivos que si hubieran muerto, porque el terror impone el olvido (Arendt, 1987).

El terror totalitario busca hacer superflua la vida de los hombres de modo que puedan ser eliminados sin dejar rastro. Para Todorov: “los regímenes totalitarios del siglo XX han revelado la existencia de un peligro antes insospechado: la supresión de la memoria” (Todorov, 2008).

Arendt llamó mal radical⁴ a la imposibilidad de hallar referentes políticos para explicar la producción totalitaria de seres superfluos que

4 En el texto *Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal* Arendt habla de banalidad del mal para referirse al mismo fenómeno. Para ahondar en su interpretación véase el artículo de Bernstein *¿Cambió Hannah Arendt de opinión? Del mal radical a la banalidad del mal* (Bernstein, 2000: 235-257).

ejecutaban crímenes en masa sin ser perversos⁵ y a la destrucción moral de las víctimas de los campos de concentración quienes experimentaban la destrucción de su carácter.

Por eso no tenemos nada en qué basarnos para comprender un fenómeno que, sin embargo, nos enfrenta con la abrumadora realidad y destruye todas las normas que conocemos. Hay sólo algo que parece discernible: podemos decir que el mal radical ha emergido en relación con un sistema en que todos los hombres se han tornado igualmente superfluos (Arendt, 1987).

El sentido común se refiere a la percepción compartida de la realidad del mundo humano, al mantenimiento crítico de las tradiciones de una comunidad, al hecho de que los hombres poseen un espacio público en el que es posible el diálogo, el planteamiento de las concepciones personales del mundo de cara a las opiniones y réplicas de los demás. La afirmación de David Rousset "Los hombres normales no saben que todo es posible", se refiere al choque del sentido común frente al conocimiento de lo que ocurrió en los regímenes totalitarios.

Siguiendo a Hannah Arendt, Zygmunt Bauman reconoce el desconcierto que causó ante el mundo no totalitario el descubrimiento de cómo en los campos de concentración desaparecían los clásicos relatos morales y jurídicos que vinculaban el castigo al mal y la recompensa a la virtud.

Hannah Arendt explica la sorpresa y el desconcierto que sentimos la mayoría de nosotros cuando nos enteramos por primera vez de lo de Auschwitz y el gesto de desesperación con el que reaccionamos a la noticia atribuyéndolos a la atroz dificultad de la tarea de absorber aquella verdad y de hacerle un sitio en la imagen del mundo con la que pensamos y vivimos: una imagen basada en «el supuesto vigente en todos los sistemas legales

modernos de que la intención de obrar mal es condición necesaria para la comisión de un delito» (Bauman, 2007).

Siguiendo a Hannah Arendt, el pensador polaco asegura que la experiencia del totalitarismo y la construcción de armas termonucleares permitieron poner de manifiesto que "todo es posible", puesto que el hombre posee las herramientas para realizar lo impensable, aquello que el sentido común se resiste a aceptar como posible: la destrucción del mundo humano.

La lección más devastadora en el terreno moral de Auschwitz, de los gulags o de Hiroshima no es que podríamos ser recluidos en cualquier momento tras una alambrada de espino o conducidos en masa a las cámaras de gas, sino que (dadas las condiciones apropiadas) podríamos ser nosotros los vigilantes de los campos de concentración y los que introdujéramos los cristales blancos venenosos en los conductos de las chimeneas de las cámaras. Y tampoco es tan desbastadora como lección de que alguien podría arrojar una bomba atómica sobre nuestras cabezas comparada con la de que (dada las condiciones apropiadas, de nuevo) podríamos ser nosotros los que la lanzáramos sobre las cabezas de otras personas. Un horror aún mayor (un auténtico meta-horror, una especie de incubadora en la que se gestan todos los demás horrores) se deriva de la conciencia que adquirimos, al escribir estas palabras o al leerlas, de que en lo más hondo de nuestros corazones deseamos que esos pensamientos desaparezcan, pero que, cuando se niegan a abandonarnos sin más, permitimos que los males «se hinchen y agranden» protegidos por su invisibilidad, precisamente por nuestro empeño en rechazarlos, en cuestionar su credibilidad y en desestimarlos achacándolos a un alarmismo excesivo (...) (Bauman, 2007).

5 Como se suele caracterizar en los relatos de la literatura clásica a los verdugos de una historia.



● Conclusiones

La conquista del poder del nacionalsocialismo en Alemania y del socialismo en Rusia dio cuenta de los límites del sentido común en su intento de explicar, primero, cómo el totalitarismo desafía las categorías políticas clásicas de modo que éstas se tornan insuficientes para explicar su *modus operandi*. Segundo, cómo una sociedad entera puede adherirse a ideologías que niegan la diferencia y permiten la exclusión. Tercero, cómo los miembros de la llamada Policía Secreta pueden cometer crímenes en masa sin ser perversos o demoniacos. Cuarto, cómo puede la magnitud de los sufrimientos padecidos por las víctimas de un campo de concentración destruir el espíritu o el carácter.

El sentido común carece de herramientas para explicar la inteligibilidad del mal contemporáneo, el cual, como señala Bauman, no es producto del capricho ciego de la naturaleza, sino de decisiones humanas guiadas por la persecución de fines personales, por la primacía del uso de la razón instrumental y por la negación de una esfera pública en la que múltiples voces tengan lugar. Ahora bien, pese a la caída del nazismo y del socialismo ruso, es pertinente recordar cómo señala Arendt, que en el mundo contemporáneo continua viva la amenaza de sus tendencias, al respecto escribe:

Las soluciones totalitarias pueden muy bien sobrevivir a la caída de los regímenes totalitarios bajo la forma de fuertes tentaciones, que surgirán allí donde parezca imposible aliviar la miseria política, social, o económicamente en una forma valiosa para el hombre (Arendt, 1987, p. 681).

En tiempos oscuros en los que la política parece caer en un descrédito ante formas de gobiernos corruptas, en donde la propaganda política crea constantemente desinformación e

incertidumbre, en el que se promulgan nuevas ideologías negadoras de la diferencia, se torna vital el llamado que hace Arendt a la protección de la esfera pública, del discurso y de la acción libre. Arendt afirma que el principal enemigo del terror totalitario es el pensamiento humano, pues mientras existan hombres estará encubado en las tendencias totalitarias el germen de su destrucción. Mientras existan hombres es posible creer en el milagro de la libertad, entendida ésta como la posibilidad de introducir a través de la acción humana algo nuevo en un viejo mundo.

● Referencias

- Arendt, Hannah. (1987). *Los Orígenes del Totalitarismo*. Madrid: Alianza.
- Arendt, Hannah. (1993). *La Condición Humana*. Barcelona: Paidós.
- Aristóteles (1989). *Política*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- Bauman, Zygmunt (2007). *Miedo líquido*. Barcelona: Paidós.
- Bernstein, Richard. (2000). ¿Cambio Hannah Arendt de opinión?: del mal radical a la banalidad del mal. En: Birulés, Fina (Ed) *Hannah Arendt. El orgullo de pensar*. Barcelona: Gedisa.
- Cruz Prados, Alfredo (2005). *El Nacionalismo. Una ideología*. Madrid: Tecnos.
- Ricoeur, Paul. (2003). *La memoria, la historia y el olvido*. Madrid: Trotta.
- Todorov, Tzvetan. (2008). *Los abusos de la memoria*. Barcelona: Paidós.